

**MENSAJE DEL GOBERNADOR
DEL ESTADO LIBRE ASOCIADO DE PUERTO RICO
HONORABLE RAFAEL HERNANDEZ COLON
EN OCASION DE COLOCAR UNA CORONA
EN EL PANTEON NACIONAL DE SIMON BOLIVAR**

3 DE NOVIEMBRE DE 1987

En un texto memorable titulado los tres héroes, Martí se refería a un viajero recién llegado a Caracas que, "sin quitarse el polvo del camino" antes de cumplir cualquier otro compromiso, se acercó a la estatua de Bolívar a meditar ante "la imagen de el Libertador". Y a mí me parece que esa debe ser la obligada ceremonia de cuántos vienen a Venezuela en ánimo de paz y de concordia americana. Hay que comenzar por Bolívar, porque América Latina comienza en Bolívar. Se inicia en su biografía, en su hazaña monumental e irrepetible. Y hoy, como homenaje al héroe de tantas batallas, quiero recordar la memoria de quien fuera uno de sus más fieles lugartenientes: el General de División Antonio Valero, puertorriqueño ilustre, nacido en el pueblo de Fajardo en 1790, y honrado en el Panteón Nacional Venezolano junto a otras docenas de ilustres personajes.

Valero abandonó Puerto Rico en la adolescencia y se enroló como cadete del ejército español a los 13 años.

Cinco años más tarde conoció su primera guerra en los combates contra los franceses ocurridos entre 1808 y 1814, conflicto en el que alcanzó el grado de coronel del Ejército peninsular.

En 1820 le envían a Méjico en misión oficial, pero en ese país Valero pone su vocación legendaria por encima de la disciplina castrense y se suma a las fuerzas nacionalistas de Agustín Iturbide. Quien antes había peleado por la libertad de España contra los franceses, ahora peleaba por la libertad de América contra los españoles. Y los mexicanos, agradecidos, le hicieron General de Brigada de los ejércitos nacionales y lo convirtieron en Jefe de Estado Mayor, cargo y honores a los que renunció cuando Iturbide tomó el camino del absolutismo y comenzó a reproducir los errores coloniales que hasta entonces criticaba. Es el momento en que Valero decide marcharse a la gesta venezolana, aquel minuto glorioso en el que este país asombró al mundo, y en 1823 ya lo vemos peleando junto a Páez en el sitio de Puerto Cabello.

Dos años más tarde, en 1825, el Libertador le encomienda la difícil tarea de sitiar El Callao, misión que cumple a la perfección y que le abre las puertas de una serie de distinciones políticas y militares que culminaron el 30 de marzo de 1849 con un decreto del Senado de Venezuela ascendiéndolo a General de División. Valero, por cierto, estuvo con Bolívar no sólo en las horas gratas del triunfo y de los aplausos. También lo siguió a Colombia en los momentos amargos del destierro y del desaliento. Valero estuvo con Bolívar como hay que estar con Bolívar: siempre.

Y así, con ese ánimo de indesmayable bolivarismo, en nombre del pueblo de Puerto Rico, he depositado esta corona ante su estatua. He venido a Venezuela a estrechar los lazos entre los dos pueblos. He venido a cultivar la fraternidad latinoamericana y la amistad --ya sólida-- entre el gobierno de Caracas y el de San Juan. Y como he venido a tender puentes, invitado por el Presidente Jaime Lusinchi, que también cree en las virtudes de la cooperación internacional, he comenzado el ademán de mí hablar con Venezuela por

donde recomendaba Martí: por la estatua del más grande de todos los lationamericanos.

Espero que dentro de unos días, o apenas unas hora, cuando haya culminado mi visita a Venezuela, la distancia entre mi Isla y esta tierra grande y generosa, se haya acortado hasta hacerse imperceptible. Espero que para entonces el milagro del mejor bolivarismo haya dado sus frutos.

Muchas gracias.

